

—¡Qué yelmo tan curioso llevas! — exclamó alegremente —. ¿También lo has inventado tú?

El caballero, orgulloso, contempló el yelmo que pendía del arzón de la silla de su caballo.

—Sí, lo he inventado yo; pero tengo otro mucho mejor... Uno en forma de pilón de azúcar. Cuando me lo pongo, si *por casualidad* caigo del caballo, la punta siempre toca directamente en el suelo. Y aunque son pocas las probabilidades de caer, en cambio se corre el riesgo de caer *dentro*, como me ocurrió una vez, y lo peor del caso fué que antes de salir yo, llegó el caballero blanco y se lo puso creyendo que era el suyo.

El caballero dijo todo esto con tanta solemnidad que Alicia tuvo reparo en reírse.

—Lo lastimaría puesto encima de su cabeza — dijo con voz insegura.

—Lo pateé de lo lindo — repuso muy serio el caballero —, y se lo quitó volando, pero estuvo horas y horas para sacarme a mí de adentro. Estaba allí metido más justo que un santo.

—La de los santos es otra clase de justeza.

—Yo te aseguro que me encontraba allí dentro con todas las justezas habidas y por haber — dijo en tono plañidero el caballero, y movía la cabeza apesadumbrado.

Después levantó las manos con tal excitación al recordar el episodio, que antes de que se pudiera decir amén se halló metido de cabeza en una zanja que había junto al camino. Alicia, presurosa, fué en su auxilio, muy sorprendida, puesto que hacía un buen rato que iba bastante bien. Esta vez estaba segura de que se había roto algo. Sin embargo, y a pesar de que del caballero no se veía más que las suelas de los zapatos, se consoló al escuchar su voz, pausada y serena como siempre, y sin ninguna alteración.

—¡Toda clase de justezas! — repetía —. Pero fué un gran descuido ponerse la celada de otro... con el otro adentro.

—¿Cómo puedes hablar con esa calma estando cabeza abajo? — le preguntó Alicia, mientras le tiraba de un pie y lo dejaba sobre un montón de tierra, junto a la cuneta.

El caballero, al parecer, se sorprendió de la pregunta.

—¿Qué importa la posición de mi cuerpo? Mi cerebro funciona lo mismo. En una palabra, cuanto más cabeza abajo me encuentro, mejor dispuesto me hallo para inventar. Ahora — prosiguió luego de una pausa —, en este momento, se me ha ocurrido una de las cosas más ingeniosas de cuantas he ideado: el invento de un budín durante la comida.

—Y cocerlo para la comida siguiente. Es sin duda un trabajo muy rápido.

—Sí, muy rápido, pero no para la comida siguiente... — repuso el caballero algo contrariado —. No; no era para la comida siguiente...

—Para el otro día entonces. Supongo que no ibas a comerte dos postres en una misma comida.

—No, tampoco para el otro día — repitió con aire pensativo el caballero —. No, para el otro día tampoco — prosiguió dejando caer la cabeza, con la voz cada vez más apagada —. Te soy franco, nunca me pasó por la imaginación que el tal budín fuese cocido. Y, sin embargo, ¡era un budín tan extravagante! ¡Un invento tan útil!

—¿Y con qué habías pensado hacerlo? — preguntóle Alicia con la esperanza de animarlo, pues el pobre caballero mostrábase completamente abatido.

—Primero con papel secante — repuso el caballero, siempre con tono quejoso.